

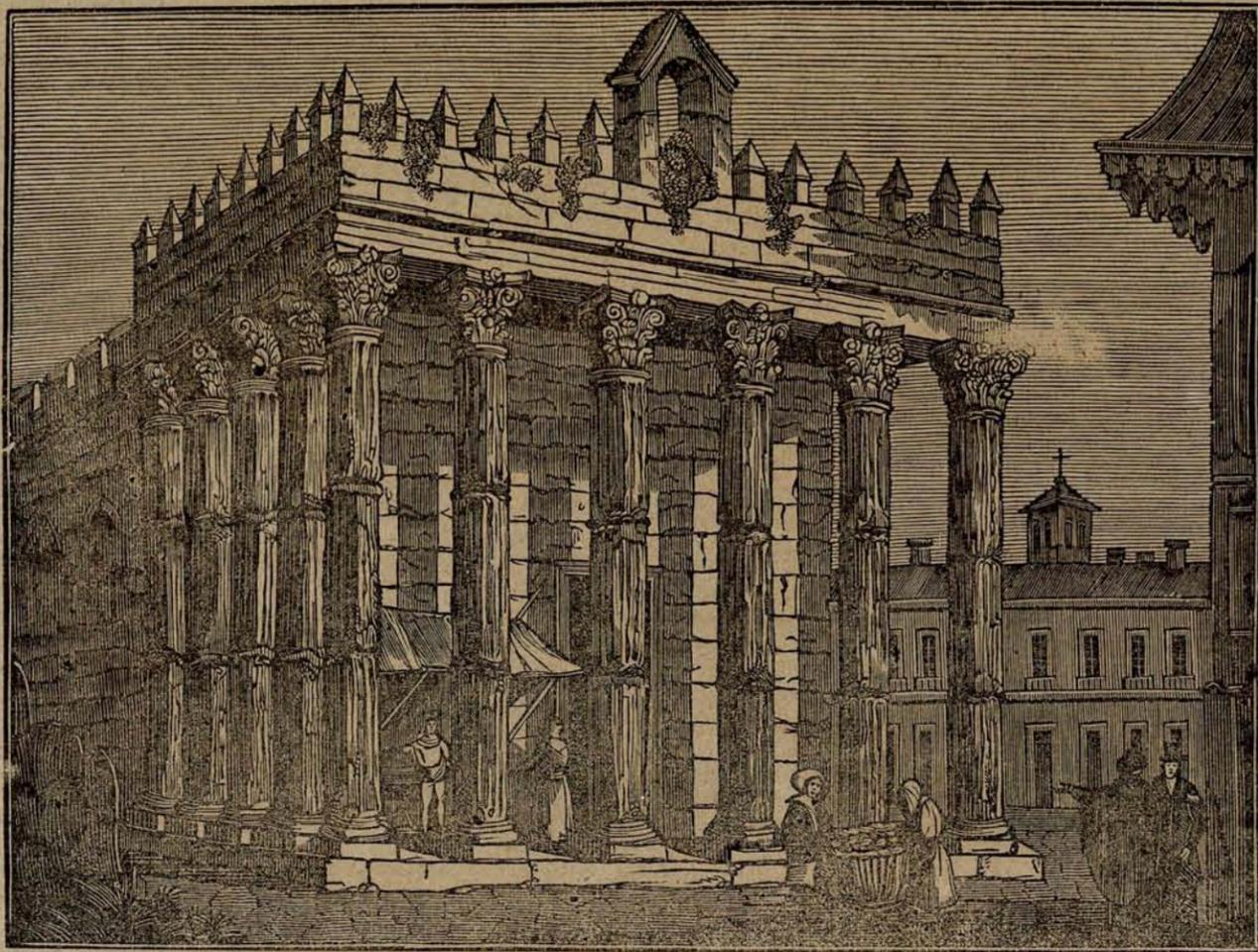
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 459.

MADRID 3 DE MAYO DE 1844.

Segunda serie



TEMPLO DE DIANA EN EVORA.

LA PIEL DE ZAPATO.

Ciertamente que los hombres cautos y bien acomodados que marcan botellas para sus herederos no pueden concebir ni la teoría de esta espaciosa vida, ni su estado normal. ¿Cómo podéis hacer adoptar la poesía a los jóvenes de provincia para quienes el té y el opio aun no son mas que dos medicinas? En París mismo, capital del buen gusto. ¿No se encuentran sibaritas incompletos? Incapaces de soportar el exceso del placer. ¿No se van fatigados despues de haber oido una ópera nueva de Rossini, condenando la música y semejantes a un hombre sóbrio que no quiere comer empanadas de Ruffec porque la primera le produjo una indigestion? La disipacion es de seguro un arte como la poesía, y exige almas de buen temple; y para iniciarse en sus misterios, para saborear sus bellezas, debe un hombre hacer en cierto modo serios estudios.

Es como todas las ciencias repugnante y espinosa al principio, pues rodean inmensos obstáculos los grandes placeres del hombre, no sus goces en detalle, sino los sistemas que erigen todas sus sensaciones raras en costumbre, reasumiéndolas, fertilizándolas y creándole una vida dramática en su vida, necesitando una exorbitante y pronta disipacion de sus fuerzas.

La guerra, el poder, las artes, son corrupciones colocadas tan lejos del alcance humano, tan profundas como la disipacion, y todas son de difícil acceso. Mas una vez que el hombre ha subido al asalto de estos grandes misterios debe respirar en un mundo nuevo. Los generales, los ministros, los artistas, se ven mas ó menos arrastrados hácia la disolucion, por la necesidad de oponer violentas distracciones a su existencia tan distante de la vida comun del vulgo. La guerra es la disipacion de la sangre, la política la de los intereses; todos los excesos son hermanos. Esas monstruosidades sociales poseen la potencia de los abismos: nos atraen como atraia Moscou a Bonaparte: producen vértigos, fascinan, y sin saber por qué anhelamos llegar al fondo.

Acaso se encierra la idea de lo infinito en esos precipicios ó alguna lisonja mas agradable para el hombre, y entonces todo lo interesa. En guerra es un angel exterminador, un verdugo, pero un verdugo gigantesco. Artista crea y necesita el descanso del domingo ó un infierno para que forme contraste con las delicias de la concepcion, con el paraíso de sus horas estudiosas. El solaz de lord Byron no podia ser el tresillo en que lo halla un asentista: como gran poeta queria jugar la Grecia contra Mahamud.

¿No se necesitan encantos bien extraordinarios para resignarnos a esos atroces dolores, enemigos de nuestra debil complexion, que rodean las pasiones como un muro? Si se arrastra convulsivamente y sufre una especie de agonía despues de abusar del tabaco ¿no ha asistido el fumador a no sé que regiones desconocidas, no se ha embriagado en deliciosas fiestas? ¿No ha vuelto Europa a empezar la guerra sin tomarse el tiempo necesario para secar sus pies empapados de sangre hasta el tobillo? El hombre en masa tiene tambien su embriaguez como tiene la naturaleza sus accesos de amor.

Para el hombre privado, para el Mirabeau inutil, ó que vegetando en un rei-

nado apacible, aspira aun a tempestades, la disipacion lo comprende todo. Es un perpetuo empuje de toda la vida, un duelo contra un poder desconocido, contra un monstruo. Al principio espanta el monstruo; no hay sino embestirlo de frente: sobrevienen mauditas fatigas. Si la naturaleza os ha dado un estómago estrecho y raquítico lo domais y le dais mas ensanche: aprendeis a resistir el vino, os familiarizais con la borrachera; os acostumbrais a pasar las noches en vela, adquirís un temperamento y una robustez como un coronel de coraceros y os creais por segunda vez a vos mismo.

Una vez que el hombre ha pasado por esta singular metamorfosis: una vez que el recluta, hecho ya todo un veterano, ha conseguido que su alma se familiarice con la artillería y que sus piernas se acostumbren al camino, entonces sin pertenecer todavia al monstruo, sin que se sepa cual es entre ellos el amo; se revuelven, se empujan, se arrastran, chocan uno con otro rabiosos, y frenéticos ya vencedores ó ya vencidos en una esfera donde es todo maravilloso, donde se adormecen los dolores del alma y reviven solo las formas; y ya esta atroz lucha ha llegado a ser necesaria.

Realizando estos fabulosos personajes que segun las leyendas vendieron su alma al diablo por el poder de causar daño, el disipador ha cambiado su muerte por todos los goces de la vida abundantes y fecundos. En vez de resbalar por largo tiempo entre dos monótonas riberas detras de un mostrador ó en el fondo del estudio, la existencia hierbe y se despeña como un torrente.

En fin la disipacion es sin duda para el cuerpo lo que para el alma les placeres místicos. La embriaguez os sumerge en delirios cuyas fantasmagorias son tan curiosas como las del opio. Gozais horas alhagüeñas como los caprichos de una niña: son pláticas deliciosas con amigos, palabras que describen toda una vida, goces ingenuos y sin trabas, viajes sin cansancio, poemas desenrollados en algunas frases. La brutal satisfaccion del bruto en el fondo de la cual ha querido la ciencia buscar un alma va seguida de entorpecimientos encantadores despues de los cuales suspiran los hombres de genio, porque todos conocen la necesidad de un reposo absoluto, completo y la disipacion es una especie de tributo que su genio paga al mal. Obsérvalos a todos. Si no son voluptuosos la naturaleza les hace endebles. Cierta influencia burlesca ó celosa les vicia el alma ó el cuerpo para neutralizar los esfuerzos de sus talentos.

Durante estas horas de embriaguez los hombres y las cosas comparecen ante vos con vuestras libreas. Rey de la creacion la trasformais a vuestro antojo. En seguida a través de este delirio perpétuo derrama el juego en vuestras venas su plomo derretido. Por último un dia pertenecis al monstruo y teneis como yo lo tuve un modo de despertar rabioso, con la impotencia sentada a vuestra cabecera. Antiguo guerrero una tisis os devora diplomático, un aneurismo suspende en vuestro corazon la muerte de un hilo: acaso una pulmonía era la que debia venir a decirme: «Partamos» y sin duda sucumbió a algun exceso de amor Rafael de Urbino.

Viví de este modo, llegaba a la vida del mundo ó muy temprano ó ya tarde: mi fuerza hubiera sido peligrosa a no haberla amortiguado. ¿No se curó el universo de Alejandro por la copa de Hércules en una orgía? En suma ciertos destinos extraviados necesitan el cielo ó el infierno, la disipacion ó el hospicio del monte san Bernardo.

Ahora mismo no tendria aliento para moralizar á esas dos eriaturas, dijo señalando á Eufrasia y á Aquilina. Ellas son mi historia personificada, imagen de mi vida. No podria acusarlas porque se me presentarian como jueces.

XXXIII.

En medio de este poema vivo, en el seno de esta deslumbradora enfermedad padecí dos crisis fecundas en acres dolores.

Ante todo despecé de haberme arrojado como Sardanápalo en mi pira, encontré á Fedora en el peristilo de los Bufones. Aguardabamos ambos nuestros respectivos carruajes.

— ¡Ah, ah! ¡Aun os hallo con vida!

Esta frase era la traduccion de su sonrisa, de las maliciosas y sordas palabras que murmuró al oido del caballero que la servia. Sin duda le narraba mi historia poniendo mi amor en la categoria de los amores vulgares. Aplaudia ella su falsa perspicacia. ¡Oh cuán triste era morir por ella, adorarla todavia, verla en mis escesos y borracheras y ser víctima de en mofa, y no poder desgarrar mi pecho para sofocar el amor que la tenia y arrojarlo á sus plantas!

En seguida agoté facilmente mi tesoro; pero como tres años de un método inalterable me habian proporcionado una salud de las mas robustas, el dia en que me hallé sin dinero, me encontré sano como una manzana. Entonces para continuar muriendo firmé libranzas á breves plazos, al fin llegó el dia del vencimiento.

— ¡Cruel emociones y como hacec vivir los juveniles pechos! ¡Ah, yo no estaba en el caso de envejecer todavia! Mi alma era joven, vivaz y lozana: bullia en mi pecho todo el germen de la edad florida.

Mi primer deuda reanimó todas mis virtudes: vinieron á lentes pasos, y se me aparecieron tristes y desoladas, mas supe transigir con ellas, como con esas ancianas tias que emiezan por regañarnos y luego nos consuelan y acaban por darnos lágrimas y dinero.

Mas severa mi imaginacion me mostraba mi nombre viajando por los mercados de Europa de ciudad en ciudad; y «nuestro nombre somos nosotros mismos» segun M. Eusebio Salverte.

Despues de mis vagabundas correrias iba á regresar á mis hogares, de donde no habia salido y me despertaba lleno de sobresalto.

Esos hombres de la banca, esos remordimientos comerciales, vestidos de gris con las libreas de sus años, nada me decian en otros tiempos, mas entonces los aborrecia. Una mañana vendria alguno de ellos á pedirme cuenta de once letras que habia emborronado. Mi firma valia tres mil francos cuando en realidad ni ese valor tenia mi persona.

Los alguaciles con los rostros implacables ante todas las desesperaciones inclusa la de la muerte se alzaban en mi presencia como los verdugos que dicen á un reo:

— ¡Ya es hora!

Tenian derecho de apoderarse de mí, de emborronar mi nombre, de empañarle y de escarnecerle.

— Yo debia.

Deber es no pertenecer á si mismo. Hombres habia que podian pedirme cuenta de mi vida? Porqué habia yo comido con regalo y bebido sorbetes? ¿Por que dormia, andaba, pensaba y me divertia sin pagarles sus créditos?

En medio de una poesia, en el seno de una idea, ó en el desayuno, rodeado de amigos, de alegría, de amor, de agudezas, podia ver entrar á un caballero con levita de color de castaña y raído sombrero: seria mi deuda, mi letra de cambio, un espectro que lo ajaria todo. Y tendria yo que abandonar la mesa para hablarle.

En fin me robará mi alegría, mi dama, todo hasa mi lecho. Mas tolerable es aun el remordimiento: ni nos pone de patas en la calle, ni nos lleva á santa Pelagonda mas que al cadalso y el verdugo ennoblece. En el momento de la muerte, ni nos sume en esa execrable sentina de vicio y de infamia, ni nos de nuestro suplicio todo el mundo cree en nuestra inocencia, mientras que no se otorga nada de virtud á la dispacion sin dinero.

Y luego esas deudas de dos patas, vestidas de verde, con anteojos azules ó paraguas multicolores, esas deudas encarnadas con las que nos encontramos de frente á la vuelta de una esquina, en el momento en que vamos mas distraidos, iban á tener el horrible privilegio de decir:

El señor Valentin me debe y no me paga: ya no le suelto. ¡Ah, ah, y no me pone mala cara!

Es forzoso saludar á los acreedores y saludarles con amabilidad y sonrisa.

— ¿Cuándo pensais pagarme? dicen.

Y hénos en la obligacion de mentir, de implorar á otro hombre porque nos preste dinero; de humillarnos ante un necio surmegido en su poltrona y junto á su caja; de recibir su fria mirada, su mirada de sanguijuela tan odiosa como un bofetón y de sufrir su crasa ignorancia. Una deuda es una obra de imaginacion: ellos no la comprenden. Es preciso verse arrastrado, subyugado para contraer deudas: á ellos nada les subyuga, nada generoso les arrastra. Viven entre el dinero y no conocen otro Dios. Yo lo horrorizaba.

En fin la deuda puede transformarse en un anciano cargado de familia y lleno de virtudes: quizá deberia yo á un paralítico plagado de hijos, á la viuda de un soldado que me tenderian sus manos suplicantes; ¡Oh, esos acreedores son terribles. No hay sino llorar con ellos, y despues de pagarles debemos socorrerles.

La víspera del vencimiento del plazo me acosté con el falso sosiego de las gentes que duermen antes de subir al patíbulo, ó en vísperas de un duelo: siempre poseen alguna esperanza que les arrulla. Mas al despertarme con toda sangre fria, cuando sentí mi alma encarcelada en la cartera de un banquero, reclinada en facturas, escrita con tinta roja, mis deudas saltaron por todas partes como langostas. Estaban en mi reloj, sobre mis butacas, incrustadas en los muebles de que me servia con más gusto. Aquellos esclavos materiales serian presa de las harpias del Chatelet. Me abandonarían mal de su grado enganchados en las uñas de los ministriles, y serian brutalmente espuestos en la plaza pública. ¡Ah, yo era mi único despojo! La campanilla de mi aposento resonaba en mi corazón, y me heria en la cabeza. Eran un mártir sin tener el cielo por recompensas.

Si, para un hombre libre, generoso, una deuda es un infierno, pero el infierno con alguaciles y agentes de negocios, una deuda no solventada es la bajeza un principio de infamia, y lo que es peor de todo una mentira: ella produce crímenes y engendra el cadalso.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Nuestro corresponsal de Granada nos dice lo siguiente, acerca de las funciones que últimamente han tenido lugar en aquel teatro.

Las dos coronas.—Las colegialas de Saint-Cyr, comedia original de M. Alejandro Dumas.—La coja y el encogido, original tambien y en prosa de don J. Eugenio Harcembusch.

«Las dos coronas, es una comedia que entretiene y que ha proporcionado dos buenas entradas. Ni los caracteres, ni las situaciones, ni el enredo ni la unidad de accion abundan en esta planta escótica trasplantada á nuestro teatro por el señor Isidoro Gil. En el año de 42 se representó por primera vez en París y no hizo gran efecto: en Madrid sucedió lo mismo y en Granada no se le ha encontrado mas mérito que el de ser entretenida. Si no la hubieran ejecutado la señorita Revilla, el señor Fernandez y el señor Calvo, regularmente hubieran tenido mala suerte; pero estos actores nos hicieron reir y pasar por alto los defectos de la comedia. Tambien la empresa nos hizo llorar á pesar nuestro, con los ricos muebles de que estaba adornada la cámara real que aparece en el tercer acto. ¡Qué vida tan infeliz pasarian los reyes si tuvieran por tapiceros á los directores de escena!

Ya he dicho que los actores salvaron la comedia, por consiguiente inútil me parece repetir que la ejecucion fué buena é igual. El señor Fernandez tocó su papel con gracia y lo mismo la señorita Revilla, sin que se notase diferencia en esta última á pesar de ser muy diversas las situaciones á que tuvo que amoldar sus sentimientos.

«Las colegialas de Saint-Cyr». Esta produccion del célebre Dumas, no es comparable con «Un casamiento sin amor» del mismo aunque haya algun parecido en el fondo del argumento. Verdad es que la comedia que nosotros hemos visto no es la que con tanto aplauso se representó en París el 25 de julio de 1843 en el teatro de la comedia francesa bajo el título de «Les demoiselles de Saint-Cyr» las colegialas de Saint-Cyr es una traduccion ó mejor diré una nueva edicion corregida y destrozada de aquella, mutilada á mas por yo no sé quién y representada medianamente nada mas: por consiguiente no es justo vituperar al autor de Gabriela de Belle-Isle y echarle culpas que tal vez habrá cometido el señor Ojeda que le ha hecho el perjuicio de vestirle á la española su produccion. Sin embargo la accion marcha muy lenta, abundan los incidentes inverosímiles y si bien en toda ella se descubren ese ingenio, ese picante diálogo y esa viveza peculiar de M. Dumas no es esta comedia de las que mas le honran.

El señor Lavalle, teme todavia mucho al público y le es imposible tocar bien los papeles de calavera que necesitan gran despejo y desenvoltura. El señor Pastrana estuvo bastante feliz y fue de los que mas agradaron en la representacion de esta funcion. Las señoritas Revilla y Molist, bien por lo general. ¡Pero qué máscaras! parecian las que acompañan en Madrid al entierro de la sardina; y eso que el baile era en palacio!

«La coja y el encogido.» Varios han sido los ensayos que desde el año de 40 se han hecho por literatos de nombradía para presentar en nuestro teatro comedias originales en prosa; y á pesar de los esfuerzos del señor Breton de los Herreros y del señor Harcembusch, no solo no se ha aclimatado este género en España, sino que siempre ha sido recibido por el público con notables muestras de desagrado. Esta circunstancia cuyo origen y fundamentos no es del caso examinar ahora, habrá sin duda motivado que el público granadino, que con tan entusiastas aplausos recibió en otra época los «Amantes de Teruel y Doña Mencía» y aun hace poco los «polvos de la madre Celestina», diese un tan enérgico desaire noches pasadas á «la coja y el encogido», original del mismo señor don J. Eugenio Harcembusch.

VARIEDADES.

Ayer se ha celebrado la fiesta nacional del siempre memorable DOS DE MAYO: el pueblo madrileño ha tributado el merecido culto á las cenizas de tantos patricios como en aquel dia entregaron su alma al Criador. Si la villanía si la traicion, si el horrendo crimen, si el faltar al derecho de gentes, despierta en los buenos sentimientos de libertad é independencia ¡Plegue al cielo que al verse atacada esta por alguno se le presente á su vista el águila altanera, destrozada por el sobervio león! Entre tanto, pidamos á Dios por los mártires del dos de mayo, y porque el escarmiento de entonces sirva de leccion á los tiranos y de ejemplo digno de imitarse la conducta del pueblo madrileño en dia tan aciago.

TEATROS.

De la Cruz

Hoy no hay funcion.

Del Príncipe.

A las ocho de la noche la comedia en dos actos, titulada: EL LOBO MARINO. Intermedio de baile. Terminará la funcion con la comedia, tambien en dos actos, titulada: EL CASAMIENTO POR CONVICCION.

Del Circo.

A las ocho de la noche: 1º EL CABALLERO A LA MODA, comedia en cinco actos, 2º baile nacional. 3º la comedia en un acto, titulada: LAS CINTAS.

De Variedades.

A las ocho de la noche: la comedia nueva, en tres actos, titulada: POR EL Y POR MI. Intermedio de baile, dando fin con un divertido sainete.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 3.